

583

5.

286



282



El sereno.



Drama de co. ~~tragedia~~ en un ac-
to y en prosa, original,
de

D. Ivamon M. Satorre,
alumno que fué de las cátedras
de Declamación y Literatura del
Conservatorio Nacional de Madrid;
ex-profesor de Declamación y otras
asignaturas en el Conservatorio
Barcelonés, ex-vocal de su Junta
de Gobierno y ex-Presidente de
la de Fomento del mismo.

Se estrenó con general aceptación en el Teatro Nuevo
de esta Ciudad en 30 de Enero de 1847.

Barcelona 1847.

10/22/2006



Excmo. Sr. Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Señor Ministro de Cultura

Interlocutores.

Ernesto
Julio
Enrique
Closa
Yrene
Rubiana
Pedro
Un criado

Actores.

D. C. Segura.
" A. Delmás.
" J. Díaz.
Ra. Massa
Sta. Valero.
" Segura.
D. C. Valero.
" J. Segura.

La escena es en Barcelona en 1827.

*Este drama es propiedad de su Autor, el
cual perseguirá con todo el rigor de la ley
al que, sin su permiso, le imprima, varíe
el título ó represente en algùn teatro del
reino, ó en alguna sociedad de la forma
das por acciones, suscripciones ó cualquiera
otra contribución pecuniaria, sea cual fue
re su denominación, con arreglo á lo preve
nido en las disposiciones vigentes relativas
á la propiedad de las obras dramáticas.
Queda hecho el depósito que marca la Ley.*

Acto único.

Acta en casa de Ernesto. Puertas laterales en primero y segundo término y al foro. — Suellos elegantes de su época. — Son las ocho de la noche. — Una luz sobre una mesa.

Escena primera.

Trubiana sentada arreglando unas flores junto a la mesa. Pedro saliendo muy agitado por el foro derecha.

Pedro. ¡Llévenos el diablo a mí y al que ha de venir!

Trubiana. ¿Qué es eso, Pedro?

Pedro. ¡Toma...! ¡Buena salida...!
¿Pues no sabéis, amiga, que

estoy fuera de casa desde las
tres de la mañana, esperando
como un sándico la venida
del Mesías, o lo que es lo mis-
mo, la llegada de D. Julio el
hermano de nuestro amo,
que debía arribar hoy a esta
de regreso de su cautiverio
en Francia?

Rubiana ¿Y bien?

Pedro. ¡Y bien...! Que no ha venido
y son ya las ocho de la noche.
Pareceis tonta, señora Rubiana

Rubiana; Dale con Rubiana! ¿Cuán-
tas veces os he de advertir
que no me deis en nombre?

Pedro ¡Calla! ¿también desagra-
decida? — Ya sabéis que si
os puse Rubiana, como siem-
pre os nombro, vos habéis fe-
nido la culpa.

Rubiana ¿Yo?

Pedro. P. - ¿Por qué sois tan rubia?
Ya sabéis que, desde un prin-
cipio, simpatice con el reful-
gente dorado de vuestros cabellos.

Rubiana ¡Vaya una razón!

Pedro La mejor. Por ellos empecé a
quereros hace cuatro años, y
no he de parar hasta que
formemos pareja legal pue-
sto que a vos... (Haciendo contorsiones)
parece que no os ha amarga-
do mi continente.

Rubiana (Con rubor.) ¿A mí?

Pedro. Pues, a vos, prototipo de las
camareras.

Rubiana Bien, más dejáos de requie-
ros y decidme qué hay de
nuevo.

Pedro. Que por fuerza en los diez
y ocho años que ha estado
el señor Julio en el extranjero,
se han barajado los sesos y

se ha acostumbrado a fal-
tar a su palabra.

Rubiana ¡Bah!

Pedro. Ya veréis cómo no viene hoy.
Pero voy, voy a decírselo al amo.
Con vuestro permiso, siempre
lo (Reverchando por la puerta derecha)
¡Vf!; Que pelo, señor, que pelo!

Escena 2ª

Rubiana despierta a Irene.

¡Es mucho hombre! A questo que,
como siempre, habrá estado pen-
sando en mi dichoso pelo. Todo
el tiempo que ha estado esperan-
do en el muelle al señor Julio.

Irene (Saliendo.) ¿P. bien, Rubiana?

Rubiana También vos, señorita, vos me
Rubianearis?

Irene Pues qué, ¿acaso ignoras que
Todos hemos olvidado ya tu

propio nombre, desde que el
bueno de Pedro le sustituyó
con el de Rubiana? — Pero dime:
¿ha venido mi tío Julio?

Rubiana. ¡Bueno no, señorita.

Greene. Y... ese... joven ¿no te ha dado
hoy aun el billete acostumbrado?

Rubiana. Tampoco.

Greene. ¡Cuánto lo extraño...! ¿Si ten-
drá alguna novedad? Tampoco
ha pasado hoy por debajo de
mi ventana.

Rubiana. ¿Pero es posible, señorita Greene,
que os hayáis enamorado de
ese hombre hasta tal punto?
Yo bien conozco que su esbelta
figura y ameno lenguaje son
capaces de subyugar á la más
encopetada; pero al fin....

Greene. Al fin, ¿qué?

Rubiana. Al fin no pareceis más que pa-
sar el tiempo inútilmente,

dando lugar á que vuestros pa-
dresnoten vuestro trato amo-
roso, aunque casto y disimula-
do, sin que jamás logreis vus-
tro propósito.

Diene

¿Y por qué? Aunque yo no le
manifesto á ese desgraciado
jóven el volcan que por él ar-
de en mi pecho, hay de saber
empiero que su amor es mi
gloria, y que si supiera per-
derle me mataría.

Rubiana

¡Matarse por un sereno que,
por muy digno que sea, al
cabo no tiene más riquezas
que su chuzo y su farol.... que
son propiedad del Ayuntamiento

Diene

¿Y que tenemos? Yo no aque-
rezco más que su amor que
tan bien supo inspirarme.
Y luego, aunque su actual
empleo sea de los más humil-

des, yo soy rica y podemos ser
felices en otros climas donde los
dos olvidaremos su actual con-
dicion.

Rubiana ¿Y seriais capaz de abandonar
asi vuestra patria....

Diene. ¡Decia preocupacion! ¡Palabras
vanas! ¿Qué da la patria?
Desengañaros... Además, el hom-
bre debe ser cosmopolita, por
que todos los hombres son her-
manos entre si, y todo pais
es patria.

Rubiana Pero no conviene ni a nuestro
honor.....

Diene Pero mi esposa.

Rubiana (Quabando la suase) Ni a nuestro rango
actual....

Diene ¿Y por qué? ¿No vale él, mi
amante, quiza mas que algu-
nos de esos personajes que ve-
mos todos los dias? El ya sabe

que es bueno, sencillo....

Stubiana Eso sí, y por eso os he ayu-
da- do, faltando a mis deberes.

Tiene No, tu no has faltado por haber
protegido al hombre honrado
que, para subsistir, guarda por
la noche el sueño de esos mi-
nos que le desprecian.

Stubiana ¿Pero cómo pensaré manejarlos...?

Tiene. Eso me tenía disgustada; pe-
ro ahora que viene mi tío Julio,
se lo contaré todo, me arrojare
a sus pies pidiéndolo su protec-
ción; le presentaré a ese joven,
y al verle tan bueno, tan apa-
sionado y al escucharte tan
bien.... y al sentir que mi ho-
ro brava sus manos, él se com-
padecerá y logrará de mi pa-
dre el consentimiento que de-
seo, pues tiene grande ascen-
diente sobre su hermano.

Rubiana ¡Ola, ola! y que bien pensado
lo tenéis. No he discurrido yo
tanto para poder ser la esposa
de Pedro.

Ernesto. No necesitáis discurrir, pues en
tonces os tomaré a mi servi-
cio a los dos, dándoos a tí un
buen dote en recompensa de
lo que haces ahora por ese jó-
ven y por mí.

Rubiana Gracias, gracias, señorita.

(Moviendo hacia la puerta derecha abajo.)

Pero silencio. ¿Quié viene vues-
tro padre. (Rubiana se retira hacia el f.)

Escena 3ª.

Dichas. Ernesto. Pedro, por la puerta derecha.

Ernesto. Anda, Pedro, anda. Quizá ha-
ya ya llegado.

Pedro. Muy bien, señor; aunque lo
siento, pues tanto sabido es que,

una vez puesto el sol, no se
da entrada a ningún cuerpo;
y si hubiera arribado antes, ya
habría venido.

Ernesto

¿No sabes que ignora mi mora
da, pues hace quince años
que le creíamos muerto?

Pedro

Teneis razon: soy un bolo....

(¡Vaya, si el pelo de esa chica
me ha de volver mico!) (Pasando
por el lado de Dombiana.) Ayer, Pubita.
(Marchando por el Dor.) (¡Ay qué pelo,
señor, qué pelo!)

Escena 4^a

Los mismos, menos Pedro.

Ernesto

(Siguiendo en ella.) ¡Ah! ¿Estáas
aquí, Irene, hija mía?

Irene

¿Papa?

Ernesto

¿Cómo no has entrado en mi
despacho esta tarde, según

costumbre, a que te diera la
lección de aritmética?

Arene Papá, esta mañana y aun al
medio día en la mesa, si me
ha figurado que estabais más
triste que nunca, aunque
siempre lo estais bastante;
también mamá ha notado
lo mismo, y yo por no in-
comodarlos....

Ernesto Con efecto, y es extraño, ahora
que voy a abrazar a mi que-
rido hermano después de
diez y ocho años que no nos
vemos y quince que no sé
nada de él; pero no sé qué
secreto presentimiento... qui-
za, la misma alegría tan
inesperada.... Desde que reci-
bí esta mañana su carta que
Pedro me trajo de la lista del
censo, siento una desazón.....

se me figura que le he de ha-
llar muy mudado y tal vez
achacoso. (¡Y nada me dice
de Enrique!) (Se oye ruido dentro.)
Pero ¿quién ruido es ese?

Liene Quizá será él, padre mío.

Rubiana (Que toda la presente escena ha permanecido re-
trada dice mirando al foro derecha dentro.) Es Pedro.

Escena 5ª

Dichos. Pedro.

Pedro ¡Señor, señor, ya viene!

Ernesto ¿De veras?

Pedro. Con cierto como Rubiana es
rubia. — Pero ¡ca! si hemos pa-
sado el día jugando al escon-
dite el señor Julio y yo. Él
llegó esta mañana a las nue-
ve sin que yo le viera a pesar
de las señas tan exactas que
vos me disteis.

Ernesto (A Rubiana.) *Trisa a tu señora.*

(Vase Rubiana por la puerta izquierda.)

Pedro ¡Oh, es un bravo mozo! digo, se conoce que lo ha sido no obstante sus arrugas y su cabello blanco. — ¡Qué feo es el pelo blanco! ¿no es verdad, señorita? Yo estoy más bien por el rubio.

Diana (Sonriendo.) ¡Ya lo creo!

Pedro Pues como decía: conociendo que era inútil esperarle de nuevo por lo avanzado de la hora, me fui a preguntar por todas las fondas y posadas de la Ciudad hasta que me dado con él; y mientras se acicala un poco, le he dejado las señas de esta casa y me he adelantado. — Se ha alegrado mucho de que le haya encontrado.

(Sonriendo.) El señor

don Julio Pons.

Pedro ¿No lo dije? Ya está aquí.

Escena 6ª

Los precedentes Julio por el foro derecho Eloísa y Doubiana puerta izquierda.

Ernesto ¡Julio!

Julio ¡Hermano mío! (Se abrazan.)

Ernesto Julio, mira: esta es mi esposa y esa mi hija.

Julio ¡Oh, son a cual más bellas! - Ven, miña; recibe los brazos de tu tío.

Irène (Abrazándole.) ¡Tío querido!

Julio Y vos, hermana, ¿nada decís a nuestro cuñado?

Eloísa (Acercándose.) Señor Julio....

Julio ¡Cómo señor? Ven, ven hermana, y preséntame tu hermosa frente como ha hecho tu hija para que yo estampe

un ósculo de cariño fraternal.

(Dedica à Elvira en sus brazos.)

Pedro (A Subiana.) ¡Vaya, con la sobrina, pase! pero con la cuñada bien podía suprimir la costumbre de allende el Pirineo.

Subiana (A Pedro.) No seas tonto.

Pedro Yo no; si acaso el amo.

Julio (A Ernesto.) ¿Sabes que con razón dije que eran bellas?
¡Oh, debes de ser muy feliz, sardanápato!.. Mucho me ponderabas a tu esposa en tu penúltima carta y en la última a la hija que aquella acababa de darte; pero veo que una y otra es ceden a lo que me manifestabas.

Ernesto ¡Hermano...!

Julio ¡No hay que ruborizarse, es la verdad, y yo me enorgullo

de ello. — Pero mira, Ernesto:
dame otro abrazo á cuenta
de los muchos que me debes.
(Se abrazan.) ¡Voto á Dios, que
hoy es el día mas feliz de mi
vida! Se me figura que es un
sueño.

Ernesto. ¡Pero, hombre, que mudado
te encuentro!

Julio. ¡Pues y yo á ti! Oye, ¿eres tú
verdaderamente mi hermano
no...? ¡Vaya, vaya...! Para ne-
cesario ver tu fe de nacimiento.

Ernesto. ¿No te lo dicen los latidos de
mi corazón?

Julio. (Dándole la mano en el pecho.) Es verdad,
¡voto al diantre! En corazón
llevo praso de ataque.

Eloisa. Ernesto, Julio deseará descan-
sar, y podemos....

Julio. Podemos citar todos en fami-
lia, ¡voto á tal! antes que nada.

Ernesto

P. sí.

Julio.

jeth! vosotros no sabéis lo que es estar diez y ocho años fuera de los suyos y en países extraños.... vosotros estáis, como quien dice, cansados de estar juntos, y yo.... yo de estar sólo, rodeado únicamente de escollos y asechanzas que han amargado mi existencia.

Ernesto

¿Y podremos algún día saber la causa por la que se hemos creído muerto estos últimos quince años?

Julio

jth, eso es largo de contar. (Vaio à Ernesto) y en parte para ti solo.

Ernesto

Pero ¿quién es esto? Esta noche ¿no se cena en esta casa? Este traerá un hambre de lobo.... Vaya, (A su mujer y criados.) dispondlo todo y avisadnos.

Julio

(Vaio à Ernesto, quien ha comprendido la idea.)

No corre tanta prisa,, voto a
san!

Elvira Cuando gustéis podéis ir a
la mesa, y con eso Julio podrá
retirarse temprano a la habi-
tación que tiene preparada.

Ernesto Bien, bien. (Vanse Elvira e Irene.
por la puerta izquierda arriba.)

Julio (A Pedro que se dispone a marchar con Rubiana.)
¡Olla! ¿Con qué tú eres domes-
tico de esta casa?

Pedro Sí, señor, para lo que gustéis
mandarme. (¡Pime irá a besar!)

Julio Y supongo que tú serás la don-
cella... Oye, ven acá. (A Rubiana)

Rubiana (Volviéndose.) ¿Qué me mandáis,
señor?

Pedro (Por los dientes de mi abuela!
¿Si la pedirá también la frente?)

Julio Tú querías mucho a mi so-
brina y su madre, ¿es verdad?

Rubiana ¡Oh, sí señor!

Pedro Mucho, si señor, mucho.
Julio Brada: para ti ya ha habido.
Pedro ¡Gracias! señal que no habrá
abrazos.
Julio ¡Voto a bríos! Eso quiere decir
que mi hermano tiene una
esposa muy buena y una
hija ídem, cuando tanto
las apreciáis vosotros. (Vanse hacia izquierda)

Escena 7.^a
Ernesto. Julio.

Ernesto (Sentándose) Conque vamos, Ju-
lio, siéntate y véme contan-
do todo cuanto se ha acon-
tido desde que nos separamos
en 1809. — Yo por mi parte me
puse con algunos fondos en
la casa de aquel comerciante
en que me dejaste: después
me casé y tuve esa hija como

sabes... Ahora me dedico a
operaciones de banca con algun
éxito.

Julio

Pues, amigo mío, más feliz
has sido tú que yo. Te acordarás que en Diciembre del
año que acabas de nombrar,
veniste un día al depósito
en el que me tenían aquí pri-
sionero los franceses, y me tra-
jiste un niño, rogándome
que hiciera lo posible por
llevarme a mi cautiverio,
haciéndole pasar por hijo
mío, huérfano de madre, y
que jamás le perdiera de vista.

Ernesto

(Con ansiedad.) ¿Y bien...?

Julio

Y bien: encantado era el en-
cargo, pero te lo prometí y sin
hacerte más objeción, me lle-
vé conmigo al muchacho. El
oro todo lo puede; voto al cha-

primo! y yo llevaba un buen
cinto que no me pudieron
atrapar los gabachos. Llegué
a Nantes, termino de mi des-
tino y como se me trataba
con algun miramiento por
respeto a mi empleo de Capí-
tan, gozaba de alguna libertad.
Ernesto Que te vendría muy bien pa-
ra nuestro intento.

Julio ¡Pues! Sin embargo, yo no quise
fiarme de aquella condes-
cendencia, y por si iban mal-
dadas, puse al niño en una
casa en que habia hecho
conocimiento, pagando bien
al huésped. Como no me
habia confiado el nombre
del angelito, yo le apliqué
el de Bertto, y como ya tenía
un año, no necesitaba nodri-
za. Todo esto ya te lo escribí.

A los tres años, logré romper
mis cadenas, y como estaba
seguro de que el chico lo pa-
saba bien, fui a la casa, a
jé un poco de oro y....

Ernesto.

Julio

(Con ansiedad.) ¿Y qué?

Y para que no me volvieran
a echar el guante, me embar-
qué al servicio del Africa.
Allí he pasado quince años
siempre en continuas guerras
y sufriendo mil trabajos; pre-
firiendo, no escribiéndote, el
que me creyeran muerto a
que supieras que era infeliz.

Ernesto

Pero el niño....

Julio

El niño... Lo que es el niño....
¡P! yo te diré.... Escribí varias
veces a los que le tenían; —
pero como yo no acompañaba
mis cartas del precioso metal,
resultó que a las primeras nu

contestaron que su pequeño
pupilo seguía tan quapo,
a las segundas me pedían
dinero y a las terceras no me
respondieron.

Ernesto Pues, ¿y entonces....

Julio No es eso ninguna mala
señal, puesto que no por ello
se ha de haber llevado el diá-
blo al mocoso. Si los que
le hacían de padres no han
podido continuar teniendo-
lo en su compañía, se habrán
colocado en algún hospicio.
A haber yo vuelto por San-
tes, quizá le habría encon-
trado a seguida; pero como
he desembarcado en Marie-
lla, desde donde te he escri-
to, viéndome sin recursos y
harto de andar de ceca en
Mecca, he preferido volver a

mi patria para reponerme,
resuelto en todo caso por com-
placerte, á volver á Orléans
á buscarle, aunque aquella
tierra es de mal agüero pa-
ra mí.

Ernesto
Julio

¡Perdido! ¡Tío que prometi...
Vámos, hombre, no te sofó-
ques y dime: Ese muchacho,
¿era o es hijo tuyo?

Ernesto

No; pero debía velar por él
como si realmente lo fuera.

Julio

¡Diantre!

Ernesto

Escúchame, por que tú no
sabes nada. — En 1807 esta-
bas tú con tu regimiento de
guarnición en Valencia don-
de caíste prisionero en 1808,
que fue de donde te trajeron
á este depósito de Barcelona.
¿No es esto? (Julio hace un signo
afirmativo.) Pues bien, en dicho

año de 1805, y en una oscura
noche del mes de Diciembre,
me retiraba yo a casa de mi
principal bastante tarde
ya, cuando al doblar la
esquina de la calle, se me
echó a los pies una dama
cubierta con un velo negro.

Julio

¡Voto al chápiro verde! Eso
es caso de novela.

Ernesto

Yo retrocedí y ella me dijo:
"Por piedad, caballero, entregáos
de este tan precioso tesoro
para mí que soy os con-
fío y no le desamparéis has-
ta que se os avise."—Apé-
nas me dió tiempo para
prometersele y desapareció.
Examiné lo que había pue-
sto en mis manos y conocí
que era una preciosa criatura
muerta pocos días. Yo no sa-

lia que hacer, pero comprendí que lo primero y ante todo lo que convenia era encontrar quien le lactara, y acordándome de una joven que estaba criando, cuyo marido era conocido mío, se lo llevé y le recomendé como a hijo suyo.

Julio

¿Y despues?

Ernesto

El otro día le busqué una robusta criada, y al año siguiente, poco antes de venir tú al depósito, recibí una carta anónima, (Sacándola de una bolsita que lleva interiormente colgada del cuello.) que es esta, la que jamás abandono. Toma, lee.

Julio

(Leyendo.) "Caballero: El tiempo que se ha empleado en averiguar nuestra morada, es

Todo el que se ha pasado
sin podéros dirigir esta.
Ahora que ya se sabe y
que hostiga una perento-
ria cuanto forzosa circums-
tancia, se os ruega que com-
pletéis la buena obra que
tan generosamente habéis
comenzado. El niño que en
la noche del 1.º de Diciem-
bre del año pasado se os
confió, haced que salga de
Barcelona y aun de Espa-
ña con toda seguridad y re-
serva. Para ello, sin ánimo
de ofendéros, podéis dispo-
ner de la adjunta letra..."—
¿Con que abonában la pa-
ga de marcha? (Conduciendo
la lectura.).... letra, y le pondreis
al cuello por contrasena
la mitad de la también

adjoina cadena, que dón
doos vos con el resto; la otra
tercera parte se queda en
poder de su madre. Hay
ta que le pueda recupe
rar, en vos confia. — La
Dama Negra" — (Devolviéndole
la carta a Ernesto.) Lo dicho: paso
de novela.

Ernesto (Guardando la carta.) ¿Bien, esa
contraseña...?

Julio En el cuello del niño la dejé
cual tú se la pusiste.

Ernesto El otro pedazo aun te con
servo yo. (Daca un pedazo de cadena de
la misma bolsa.) Mirale. — Ahora
falta que convengamos en el
modo por el cual nos hemos
de hacer con el niño, no sea
que me le reclamen.

Julio Esto es. — Pero dime ¿nada
sabe de esto tu esposa?

Ernesto Querías que lo supiera, para que quizá sospechase....

Julio Es verdad. — Vaya mañana arreglarémoslo demás. (Se levantan.)

Ernesto Si, y ahora vámonos a buscar a Eloisa que estará impaciente.

Julio (Mirando hacia el foro.) Espera: me parece que traen mi gran equipaje y con tu permiso pienso recibirle.

Ernesto Bien. Mientras tanto acabaré yo de despachar el correo de hoy. En mi despacho te espero. (Vase vuelta inquieta.)

Escena 8ª

Julio. Criado con un maletín

Criado Peñor aquí está esto que he traído un mozo.

Julio Bien está. Mételo por ahí, y toma para beber a mi salud

la última moneda que me
queda. (El criado rehúsa.) ¡tómala,
bucéfalo! ¿Qué ¿piensas que
es falsa, voto a bríos? Toma
y vote. (El criado toma la moneda y con el
malotín se va por el foro izquierda y luego cam-
bia al foro derecha.)

Escena 9ª
Julio después viene.

Julio Pues, señor, véeme ya aquí cómo
jamás puede esperar, en casa
de mi querido hermano, en-
tre él, su esposa bella y su en-
cantadora hija; Pero calla! Oí-
ge crujir un vestido. ¿P' será....

Grete (Saliendo por la puerta izquierda) ¿Tío?

Julio (Mi sobrina)

Grete Tío, ¿no pensáis en descansar?

Julio Es aun temprano, hija mía.

Grete Sin embargo....

Julio No sabes que estoy hecho a
todo? ¿Además, ¿cómo quieres
que me prive en este momen-
to de la conversacion de un ángel?

Irene Cio...

Julio A propósito: entérate de tu
vida, ¿qué táctica es la que sigues?

Irene Cio, yo soy muy feliz. Papá y
mamá me quieren mucho y
juzgo que ahora vos también.

Julio ¡Oh, eso sí, voto a sanes!

Irene ¿Y una sería mucho más di-
chosa si pudiera, venciendo
la tristeza habitual de mis pa-
dres, arrancárles una palabra....
un pequeño consentimiento.

(El criado entra ahora.)

Julio (La tristeza de sus padres....
La de mi hermano ya la
comprendo, la motiva el muñeco
de marra; pero la de mi cuna-
da... Veámos.) ¿Y qué tristeza

es esa de que me hablas?

Tréne. No sé: ellos siempre están tristes, aunque a' decir verdad, mañana lo está mucho más. Como yo nunca me separo de ella, á veces la oigo gemir y llorar sin consuelo, y me encarga que nada diga al papa, el cual aun no ha notado ese dolor ni la ha dado motivo para él.

Julio. ¡Diantre! Pues entonces.... Di, di.

Tréne. ¡Osuego no digáis nada al papa!

Julio. ¡Chiquilla...! (Señalándose el pecho.) Esta es una muralla en donde se estrellan todos los proyectiles que la dirigen las baterías de la investigación.

Tréne. Pues bien; más de una noche la he oído que entre sueños....

Julio. ¡Con que fu' diérmey con fu'

madre? ¿Pues y tu padre?

Greene En otra estancia.

Julio Pues entonces... ¡Ay, cuánto
ha cambiado Barcelona des-
de que la dejé....! ¿Esta si que
será menester revisarla la
fe de nacimiento para ver
si es la misma!

Greene He oído a veces que sus labios
pronunciaban un nombre.

Julio ¿Un nombre? ¡Vámonos esta es
cosa seria, voto a bríos!) ¿Y
cuál es? A ver....

Greene Enrique.

Julio ¡Ola, ola! ¡Ay hermano...!)
¿Enrique? ¿Y quién puede
ser ese Enrique? Vámonos.

Greene ¡Qué sé yo! Yo no le conozco.

Julio ¿No? (Pues yo menos), ¡Vaya,
vaya! Eso que me estás con-
tando, no puede ser verdad:
sin duda lo has soñado, rapaz

gueta.

Greene

No, tío: es lo juro.

Julio

No te creo. Y además ¿qué me importa a mí? (Es preciso regañarla ahora.) ¿Es lo que me has contado una cosa, que, según dices, te ha prohibido tu madre?

Greene

Cia, ¿pues no me dijisteis que hablara? (Sorpresa) (¿Yo que le creía tan bueno!) Yo bien hacía en no querer; pero como pensaba ganar vuestro afecto y luego me dijisteis que vuestro pecho era un proyectil donde se estreñaban las murallas de.... y que se yo que otras cosas.

Julio

¡El rebes, muchacha, al rebes! (Esta chica es capaz de distorsionar nuestro lenguaje militar) ¡Vámonos a ver: ¿para qué querías

ganar mi afecto? ¿Es quizás
para que te ayude a arrancar
el consentimiento a tus padres
de que me hay hablado al prin-
cipio?

Diene (Con rubor.) Tío....

Julio Vámonos, tranquilate. Pero me
mandas el parlamento, ¿cómo
quieres que arreglamos la ca-
pitulación?

Diene Es el caso, tío, que yo amo a un
joven....

Julio Eso de que amas, ya me lo fi-
gure, como también el que no
sería a un viejo.

Diene Pero es el caso que ni papá
ni mamá saben nada.

Julio ¿quieres tú mandarme de
descubierta para explorar el
campo, ¿no es esto? Vámonos a
ver: ¿quién es tu enamorado?

Diene. No sé, tío, mas que....

Julio ¡Voto á bríos! ¿no conoces á
la legion aliada?

Diene ¡Oh, es un jóven muy bello!

Julio Con que tú lo digas basta.

Diene Yo conocí una noche que, por
mandato de mi madre, nos
acompañó desde el teatro á
casa hará como unos tres meses,
y desde entonces, siempre que
mi padre no viene con nos-
tras, nos acompaña él para
que los criados no se muevan
de casa.

Julio ¿Y aun no sabes quién es?

Diene Un poco nada más. Pi que es....

Julio (No será cosa buena.)

Diene (Bajando los ojos ruborosa) Sereno.

Julio (Asombrado) ¡Sereno....! ¿el sereno del
barrio quiza?

Diene Pi, tío.

Julio ¡Muchacha, tú has perdido el
juicio!

Diene Pues qué ¿tan malo es que sea sereno?

Julio No, para tí no; por que él es fará acostumbrado a velar y eso os gusta a las muchachas. ¿Pero cómo entablasteis relación?

Diene Aquella noche él se enamoró de mí, según dijo, y a la mañana siguiente me tiró un billete. En él me decía que la desgracia le había conducido a tal extremo.

Julio ¿Y has confiado antes a otro que a mí...?

Diene Rubiana es sólo mi confidente.

Julio ¡Ola! ¿Con que tienes quien te corra los partes? — Pero, chica, un sereno... y que no sabes más sino que es desgraciado...! Con tantas muy buenas cuentas para atacar.

Diene. ¿Es por eso menos hombre que los demás?

Julio ¡Vaya una pregunta! ¿Se he
tomado yo acaso la filiación?

Diene Además, el mundo da tan
tas vueltas....

Julio ¡Pues! Yo he conocido soldado
que ha muerto de general, y
aun Napoleón ha llegado
a ser emperador.

Diene ¿Y quién sabe si él llegará
a ser quizá....

Julio Rey de los serenos cuando me
nos, ¿no es esto?

Diene (Duboizada.) ¡Cio...!

Julio ¿Te hace tan impenetrable
el amor a tu pecho, que no
se le pueda abrir brecha para
que penetre la razón?

Diene Comprendo que olvidarte es
imposible. Todos los días nos
hablamos por la ventana y
nos escribimos y cada vez te
quiero más.

Julio (Señalandola) (No, no se rendirá
esta plaza por falta de mun
iciones.) Vamos a ver: ¿cómo
piensas manejarla? Porque
será preciso averiguar la
procedencia de ese joven cuan
do menos, y....

Liene Para eso os he hablado, tío.

Julio Si, pero para eso se necesita
mucho tiempo. No se ganó
Ramora en una hora.

Liene (Alegre.) ¿Con que consentis?
¡oh, tío, cuán bueno sois!
(Agarrándole las manos.) ¡Ay, mi pa
dre! Compadecios de mí.

(Vase muerta y aguiñada.)

Escena 10.

Julio Después Ornesto.

Julio ¿Cómo me compongo yo ahora?
Esta chica sería capaz de morir
se por.... su sereno. ¡Con tal que

no cante mublado...!

Ernesto (Saliedo de su despacho.) ¿Dices tal, Julio?
¿Has recibido ya tu equipaje?

Julio Sí, ya me le han traído.

Ernesto Pues entonces, vámonos a la mesa para que nos retiremos a seguida, pues ya son las once.

Julio Como gustes; pero antes quisiera hacerte una pregunta.

Ernesto Sí.

Julio ¿Tienes ya planes formados sobre la colocación de tu hija? Por que ella ya ha salido de la edad de cadete; ya debe ascender.

Ernesto Por ahora no.

Julio Pues ella parece que ya ha desplegado sus guerrillas.

Ernesto ¿De veras? ¿La pretende alguno? Pues no había yo descubierto tanto.

Julio Es que estaba emboscado el ene

miro.

Ernesto

¿quién es?

Julio

Es, es... Yo te diré; a punto
fijo no lo sé; ¡Ah! pero yo me
prongo que tú quieras la fe-
licidad de tu hija.... no con-
trariándola su gusto.

Ernesto

¡Oh, eso sí! Piénsate que el
elegido sea digno de ella, aun-
que tenga que reprenderla
su reserva para conmigo.

Julio

Hombre, déjate de preocupacio-
nes. El hombre se le ha de
apreciar por sus acciones, no
por su rancia nobleza.

Ernesto

¿Bueno razon. Nosotros no so-
mos de un elevado naciemien-
to, y sin embargo mi buen
porte me ganó el consenti-
miento de mis suegros que,
nobles y ricos, no querían dar
su hija más que a alguno

de la alta nobleza o de la
banca, y no obstante me
la dieron a mí por esposa.

Julio

¡Pues! entonces no eras tu
más que un ex-pelagatos y
con tu hombría de bien has
llegado a ser un rico banquero.
¿Quién sabe si también el fa-
vorecido de tu hija....

Ernesto

Pero ¿quién es? ¿Lo conozco yo?

Julio

¿Quién sabe? Si acaso por
la voz.

Ernesto

¡Por la voz! ¡Cosa rara!

Julio

Pi, porque lo que es pierro
malamente....

Ernesto

Pero ¿me diras cómo se llama?

Julio

Falta que yo lo sepa.

Ernesto

Pero, hombre, algo sabes cuando...

Julio

Hombre, yo no sé más si no que
tu futuro yerno....

Una voz.

(Dentro.) ¡Las once....

Julio

¡Pasa ahora la calle.

Ernesto (Alto.) ¡Cómo!
Una voz. ¡Media....! ¡Preño!
Julio ¿Oyes?
Ernesto ¿Qué es lo que dices? ¡Oh,
voy...!
Julio Poségate. Te le llamaré ya
salvándonos de dudas.
Ernesto ¡P!, si volando!
Julio (Al balcón) ¡Ola....! ¡Eh....! ¡Pre-
ño....! — ¡Aquí se os necesita
para un caso importante...
P!, subid..
La voz ¡Voy!
Ernesto ¡Vive Cristo....! Hermano,
mucho te agradezco este
descubrimiento.

Escena II.

Julio Ernesto. El Criado.
después Enrique.

Criado (Saliendo por el foro derecha.) Señor, el
sereno del barrio pregunta si

es aquí donde se le ha llama-
do.

Ernesto. (Impaciente) Sí, que entre. (El
Criado hace una señal adentro hacia derecha y
se presenta Enrique de sereno — Vase el criado.)

Enrique Buenas noches, señores.

Ernesto Buenas noches. Entrad.

Enrique Con permiso.

Julio Sentáos, amigo, sentáos.

(Pues no tiene mala cata-
dura. Valla de granadero.)

Ernesto (Después de sentados los tres.) Decid.

¿Qué me han informado....

Enrique (Que ha dejado Garcel y Churo.) (¡Oh!)

Ernesto: Quizá no sea cierto, de lo
cual yo me alegraría infi-
nito; pero me han dicho, y
esto vos lo debéis saber por
que vigiláis la calle, que un
hombre dirige. Todas las no-
ches cierta conversacion de
uno de los balcones de esta

casa.

Enrique. Yo que es yo, señor, no he no
hecho nada.

Ernesto (Levantándose.) ¡Mentís como un
villano que sois!

Enrique (Idem) El mentís que acabáis
de darme y el no ser ningún
delito mi proceder, me obli-
ga a declararos la verdad.
Habéis dicho que un hom-
bre.... Pues bien, ese soy yo.
La hija de esta casa....

Ernesto ¡Mi hija, seductor!

Enrique Nuestra hija, pues, se ha dig-
nado acoger mi amorosa llama.

Julio (Siempre sentado.) (Ese no es len-
guaje de sereno.)

Ernesto ¿Y os habéis atrevido a creer
lo así? Mi hija lo que ha
brá hecho es burlarse de vos.

Enrique ¡Jermás! (Con entusiasmo.) ¡Es
un angel... y los angeles...

Ernesto

no mienten; nacen felices
a los desgraciados como yo!
Es repito que mentis... ¡Mi
hija amáros...! (Mirando del cor-
don de la campanilla de la puerta izquierda.)
Decid.... (A Dubiana que se presenta) Decid
a la señorita Grene que su pa-
dre la llama.

Dubiana

¡Horror!; El amante de su
hija...! ¡Voy Señor. (por la puerta izqda.)

Ernesto

¡Oh, eso es una calumnia!
¿Que temblais?

Enrique

(Que permanece tranquilo.) Ya lo vi.

Ernesto

Y caso de que sea verdad,
¿de qué medios os habéis vali-
do para humillar mi repu-
tacion?

Julio

Vámonos, hombre, no vale la
pena.

Escena 12.

Los precedentes Liene por la puerta izqda.

(c) 2006 Ministerio de Cultura, Papá, ¿me llamabais? (Viendo

à Enrique.) (¿Qué veo?)

Julio (Con Gema) (Otro nuevo eco que
van á pasar por el consejo
de guerra.)

Ernesto Venid acá, señorita. Decid
me. ¿Conoceis al señor?

Liene Sí, papá....

Julio (Acercándose á ella) No tengas mie-
do, ¡voto á bríos! Ya están
rotas las hostilidades.

Ernesto. Responde y cuidate con mi tío....!

Liene (Vacilando.) Sí, papá.

Ernesto ¿Y qué clase de relaciones....

Liene (Volviéndose á sus pies.) ¡Perdon, pa-
dre mío!

Ernesto ¡Levanta hija infame, y
á fuera el fingido llanto!

Liene ¡Piedad!

Ernesto ¡No hay perdón ni piedad!
¿Sabías tú quién era el señor,
cuando haz descendido á ad-
mitir sus galanteos?

Enrique ¡Caballero, no tenéis ningún derecho para injuriarme.

Julio Dice bien ¡voto a bríos! Una vez dado cuartel, se respeta al prisionero.

Ernesto (Sin escuchar a nadie.) ¿Y vos, caballero, ¿quién sois, con qué contáis para aspirar a mi hija? ¡Hablad! ¿Poi alguna otra cosa más que sereno y os cubris con ese disfraz....

Enrique En la actualidad no soy otra cosa; pero cuando pesan sobre un desgraciado diez y nueve años de infortunio, el padecido al fin puede llegar a cansar y nos suele abrir las puertas de la bienandanza.

Ernesto ¿Luego vos no sois lo que parecéis y conserváis alguna esperanza...?

Enrique ¡Oh, muy grande!

Ernesto Pero hablad. ¿Quién sois?

Enrique (Con dolor profundo.) ¡No lo sé!

Ernesto (Admirado) ¡No lo sabéis!

Julio (¡Esto pica en historia!)

Ernesto Pero vuestros padres.....

Enrique No los he conocido.

Ernesto Pero ¿de donde habéis salido?
¿Quién os ha educado?

Enrique Vosotros extraños á quienes tenía
por padres, y que á su muer-
te me desengañaron, sin que
por eso pudieran descubrir
me el secreto de mi nacimiento.

Ernesto ¡También bastardo...! ¡Oh!

Julio D. Enrique de Castamara
era bastardo, y sin embar-
go fué rey.

Enrique Al fallecimiento de mis bien-
hechores, que tanto me querían,
la Francia me atormentaba
con tristes recuerdos, y como yo
tenía ya once años, me em-

¿no os dijeron de qué medios
os habíais de valer para en-
contrar a vuestros verdaderos
padres?

Enrique Conservo un dato ó contrase-
ña que me recomendaron
especialmente que jamás
abandonara.

Ernesto ¿Me le quereis enseñar?

Enrique (Sacando del pecho un pedazo de cadena.)
Vedlo aquí.

Ernesto (Después de haber examinado el tercio de la cadena.)
¡Pi, él es.... él es! ¡Julio ya
le hallamos! (Se la devuelve.)

Julio ¡Pi, ¡voto a tal! y sin echar
requisitorias!

Enrique (Admirado.) (¡Esa cadena...!)
¿Qué, ¿seréis vos acaso...?

Julio (De pronto.) No: ninguno de no-
sotros es tu padre; pero te
prometemos hallarte, ó al
menos a tu madre. Mas

entre tanto danos tus brazos.
(Abrazándole.) ¡Voto a bríos, que
famoso te has hecho. ¿Cómo
te había yo de conocer ahora
cuando te dejé tan pequeño?

Enrique

¿Con que sois vos el Oficial que.....

Julio

¡Pí; pero no me preguntes, pues
se tanto como tú en este negocio.
Te endosaron a mí y yo fui
quién te deposité en casa de
Mr. Dupré.

Enrique

¿Pero quién me entregó a vos?

Ernesto

Yo.

Enrique

¡Vos!

Ernesto

¡Pí; más no te quién os puso
en mis brazos.

Enrique

(Con desesperación.) Luego he sido
como una pelota lanzada en
el espacio y sacudido sin
piedad, por la mano del
destino!

Viene.

(Dijo a Julio.) Tío, hacea que,

enseñe otra vez esa cadena.

Julio ¿Para qué, machacha?

Ernesto Macedo, ¿quiereis?

Julio (Alto.) Pero oye, Ernesto, coteja bien ese trozo de cadena con el tuyo, no sea que venga equivocado el santo y sena.

Ernesto No me he equivocado, no: es la misma que le puse al pequeño Enrique y la que hallo en el joven Bertto. (Laca la suya y la coteja con la otra) Mira.

Enrique (Después de hecho el cotejo) ¿Enrique decis?

Ernesto Pi; tu verdadero nombre es Enrique... Me lo previnieron cuando te me entregaron... (Diciendo.) pero mi hermano te puso Bertto por que lo ignoraba.

Julio ¡Vf!) (Dijo a su hermano) Oye,

Ernesto, esto me suele águero.

Ernesto ¿Qué quieres decir?

Julio (Señalando á Enrique.) Que sospecho que ese botín te pertenece.

Ernesto No, te lo juro: ¿á qué te había de engañar?

Yrene (Acercándose.) A ver, papá... ¡Oh, que bonitas! (No hay duda; son iguales entre sí al trozo que yo conozco.)

Ernesto ¿Quié es eso Yrene? ¿por qué te inmutas? ¿Esa palidez... ¿Conocias tu esta alhaja?

Yrene No... No, papá.

Ernesto ¿Qué manifiesta entonces tu turbación?

Yrene ¿Mi turbación...? Pí... con efecto.... me admira ver una joya que cuenta diez y ocho años.... y además la alegría que me causa el pensar que por medio de ella podremos

hallar á los padres (Señalando
á Enrique.) de.... del señor. (¡Es
la misma, si'!)

Enrique Pero, ¿cómo es esto, caballero?
¡Oh, no puede ser! Vos te
neis una sena igual á la
mía, ¿y no sabéis?...

Ernesto (Sin dejar de mirar á Irene.) Os lo juro

Julio (De pronto.) Os lo juramos.

Ernesto (Atrayéndola á sí.) Vámonos, Irene,
hija mía, di la verdad:
¿por qué te ha producido tan
ta sensación esa joya? Ha
bla.

Irene Señor....

Ernesto No, no me engañas... algo es
ello. ¿Ignoras que soy tu pa-
dre y que lo puedo mandar?
¿Callas? ¿tiemblas? ¡Clíje!
Hablando, si' hacemos un
pronto descubrimiento, cuén-
tate esposa de Enrique; si' co-

llas, cuenta con mi eterno
enfojo y un convento.

Irene ¡Ah, no, padre mío! Yo
hablaré....

Ernesto (Después de una pausa) ¿Y bien?

Irene (Temblando.) ¡Padre mío....!

Ernesto (Reprimiéndose.) ¡Habla!

Irene (Designada.) En cierta ocasión
yo dudaba del cariño que
de derecho se me debe; y la
persona de quien yo me que-
jaba, para hacerme ver lo
contrario, me dijo un día:
"¡Hi.... (Corrigiéndose) Irene, a fin
de que te convéngas y veas
cuál es mi amor hacia ti,
toma, conserva sin perderla
esta joya, que es lo que amo
más en el mundo, después
de ti."

Ernesto (Con ansiedad.) ¿Y la conservas?

Irene. ¡Pi señor, - Después amadió;

"Júrame que, aunque te la
vean, no dirás jamás quién
te la ha dado, ni aun des-
pués de mi muerte."

Ernesto (Quera de si.) ¡Pácala!

Julio (¡Pues, señor, esta es gorda!)

Ernesto (Sacando del pecho un trozo igual á los ante-
riores que poseen Ernesto y Enrique.) ¡Vuelta,
hace ya dos años que nunca
la separo de mi cuello.

Ernesto (Absorto.) ¡Es la misma!

Ernesto Si, la misma; pero repito
que jamás diré quién me
la dio. Péame al ménos li-
cito enmendar la impru-
dencia de mi turbación.

Ernesto No, no; tu hablarás. ¡Lo
exijo! (Vajo á Julio.) ¡Qué sos-
pecha, Julio, qué sospecha!

Julio (¡Le cogió la casa encima!)

Ernesto (Idem.) No opinas como yo?

Julio (¡Ay, ay! Me parece que ya

he hallado la hipocondría
de mi' cuñadita!) No veo....

Ernesto (Volviéndose a su hija.) Irene, habla?

Irene Perdon, padre mío; pero este
es mi' secreto.

Ernesto (Con cólera reprimida.) ¡Un secreto.....!
No, no: para un padre no
los hay, y mucho menos quan
do exige la aclaracion de ellos.

Irene (Desuelta.) ¡Nunca!

Ernesto (Abiéndola con fuerza.) ¡Oh, tú habla-
ras, inícuo, o' te lanzaré
mi' maldición... cual se
lanza ahora contra el suelo!
(Se hace. Irene cae de rodillas a sus pies.)

Irene ¡¡Ah!!.....

Enrique (Embrazando el brazo, a Ernesto.) Señor mío!

Ernesto (Dijándole.) ¡Atrás!

Enrique No me hayáis olvidar que os por-
tenezca, ni me recordéis que mi
empleo me da autoridad para....

Ernesto Para nada. Estoy en mi casa,

esta es mi hija y quiero ser
obedecido, ¿me entendéis?

Enrique

Pero es que recurrir á la violen-
cia, y eso jamás lo consentiré.

Ernesto

Pues ahora os digo á mi vez
que no me hagáis recordar que
aquí se os mira.....

Enrique

¿Cómo?

Ernesto

Como un advenedizo lanzado
por el Averno en medio de mi
felicidad y de mi honra.

Enrique

¡Pi... es verdad! Pero si vos, que
reis prescindir de lo que soy yo
al presente, quizá hallaréis en
mí un caballero, dispuesto á
vengarse de las injurias que
le hacéis.

Ernesto

Pea

Julio

(¡Ya rompimos el fuego, voto al
chápiro!)

Ernesto

Julio á tu cargo queda el dispo-
ner lo necesario.... (Señalando á la

muerta derecha.) Ahí, en mi buxete,
hallaras.... Mas en el entre tanto,
Gene, avisa á tu madre y
dejádme solo.

Julio (Haciendo seña á Enrique de que se vaya.)

¿Que vas á hacer?

Ernesto Nada. — Gene, obedece.

Gene (Van á batirse y por mi culpa...
ah!) (vase muerta izquierda.)

Escena 13.

Ernesto Seguen Eloisa.

Al fin voy á descifrar el enigma
que reina hace diez y nueve años.

Eloisa (Saliendo muerta izquierda.) ¿Ernesto?

Ernesto Venid, acá, señora.

Eloisa ¿Pero que es eso, Ernesto?.....

¡ése fono....! Tu hija ha entrado
á avisarme. Toda conmovida.

Ernesto ¿Que es esto me preguntais,
señora? ¿Quereis saberlo? (Asien

de la y llevándola á un lado.) Esto es..... es
querer labar mi honra.

Clotilde ¡Oh!

Ernesto ¿Lo comprendéis ahora?

Clotilde ¡Oh, Ernesto! ¿Yo ¿qué.....

Ernesto Vos sois la causa principal de
mi mancilla.

Clotilde (Asombrada.) ¡Yo!

Ernesto Vos, sí: decid si no, ¿quién es
la persona á quien vuestra hi-
ja se ha quejado de falta de
carino para con ella?

Clotilde ¡Mi hija!

Ernesto ¿Os insultáis...? Decid quién
es esa persona que la contestó
despreciándose de un trozo de
cierta joya que la dió para
asegurarla de su afecto....

Clotilde ¡Oh, yo no sé, no sé....

Ernesto ¡Vos fuisteis, señora!

Clotilde No, os lo juro. ¡Prene me ven-
dio! ¡Vender una hija á un

madre.....!)

Ernesto ¡Cambien prajura! (Saca el
tercio de cadena.) ¡Mirad!

Elvira (Aberrada.) ¡Oh!

Ernesto ¡La reconocis! ¿Os recuerda
alguna acción que cometierais
hace diez y nueve años?

Elvira (Cayendo de rodillas.) ¡Piedad!

Ernesto ¡No hay piedad para el que
vesthonra! Puede haberla
hasta para el que roba, incen-
dia o asesina; pero nunca
para el que empuja el honor.
— Diez y ocho años hace que
conservo fielmente este tercio
de cadena sin que se haya
enmohecido por la más leve
sospecha.

Elvira ¡Oh! vos..... ¿cómo?

Ernesto Diez y ocho años que me fué
remitida con una carta de
vuestro pum sin duda. (La

saca.); ¡Vedla! Esto fue al
año siguiente del 12 de Di-
ciembre de 1808.

Elvira

¡Ah, perdón, perdón!

Ernesto

¿Ahora, decid: ¿qué interés o
movió a ocultarme la verdad,
cuando al poco tiempo nos
casamos, después de los sacri-
cios que me costábais? ¿Por
qué no empleasteis al pie
del altar, al darme el sí, la
misma voz que fingisteis aque-
lla noche?

Elvira

¡Oh! yo ignoraba que fueseis
vos el que....

Ernesto

Recibí en sus brazos un hijo
vuestro, fruto de un amor
criminal, ¿no es esto?

Elvira

¡Ay, Ernesto....! ¡Fatal casua-
lidad! Mi inesperienza....

Ernesto

Pocas disculpas, señora, y vá-
mos al hecho. ¿Quién es el pa-

dre de Enrique?

Blóisa Yo os lo explicaré todo; pero decidme antes si vive....

Ernesto El niño vive, señora; y por cierto que, á pesar del oficio que ejerce de vigilante nocturno, y al que ha ejercido de grumete, merced á vuestro abandono, se ha atrevido á solicitar á vuestra hija, á Gene.

Blóisa (Dorota.) ¡Vive... vive... y sereno... y grumete....! ¡Oh! yo pierdo el juicio, Dios mío! y pensar que yo le daba por muerto....!

Ernesto ¿Os pesa que viva, señora?

Blóisa Ah, no, no! Quiero verle, yo quiero abrazarle. Diez y nueve años hace que yo suspiro por él continuamente! (Acción de marchar.)

Ernesto (Con ademán imperioso.) ¡Queta aquí, señora, y referidme los pormenores..

Eloisa ¡Quiero verle! ¡Oh, no lo extra-
nes, soy madre!

Ernesto ¿Que me refirais os digo...

Eloisa ¿Pero le veré?

Ernesto (Dudando.) Le vereis.

Eloisa ¡Gracias, hombre en todo gene-
roso!— (Drosgándose.) Pues bien:
yo quería a un hombre más
que a mi vida. Mis padres
se oponían a nuestras rela-
ciones... y yo... yo... no supe
resistir a su halago.

Ernesto ¿Y quién era ese hombre?

Eloisa ¡Oh, me dejó... partió!

Ernesto ¿Y lo sentís?

Eloisa No: me abandonó y le olvidé.

Ernesto Pero su nombre....

Eloisa Un oficial del ejército de Na-
poleón.... Mr. Dupré.

Ernesto ¡Francés.... Dupré.... ¡tambien
esto!— ¡Oh, pero mi hermano
debe haberle conocido!— ¡Julio!

Julio!

Escena II.

Dicho. Julio, saliendo por la puerta derecha, con una caja de pistolas.

Julio ¿Que es esto? ¿toca generala?

Ernesto Ven, hermano, ven! - ¿Mas como cido á un oficial francés que se llamaba Dupré?

Julio ¡Pi voto al diablo! Fue el prono que me hizo prisionero.

Ernesto ¿Y vive aun?

Julio ¡No, voto á sanes! Una bala de canon española le firmó su pasaporte para el otro mundo.

Ernesto (Con rabia) } ¡Ah!

Clotilde (Con dolor) }

Julio Pi: luego lo supe por su propio padre, que era el mismo Mr. Dupré de.... de Nantes.

Ernesto ¿En donde depositaste á Enrique?

Julio El mismo. Pero, ¿qué relación.....

Ernesto ¿Qué relación? ¿Qué ese mis-
mo oficial — por que á ti
puedo decirtelo todo — aquel
oficial, Dupré es.....

Julio Era.

Ernesto El padre de ese ejemplar mal-
dito.

Julio ¡Aprieta! Ahora si que sale
fuerte!

Ernesto (A Eloisa.) ¿Vámonos, qué interés
os movió á ocultarme vuestra
mazana?

Eloisa Mi deber.

Ernesto Vuestro deber era no engañarme.

Julio ¡Pues! Entonces todo se ha-
bria arreglado á tiempo, ¡voto
á tal!, y no que lo habeis de-
jado para cuando yo me he
retirado á cuarteles de invierno.

(¿Y qué conivoy de casualidades....!)

Ernesto ¿Y sabéis cómo voy á castigaros,

señora?

Julio ¿Qué es eso, la vez a' deshonorar ante banderas?

Clara ¡Ah, perdón, perdón!

Ernesto Ya os dije que no había ni dad para vos.

Julio ¡Qué diantre, hombre! En di'nta.

Ernesto No, no: ni a' ella ni a' su hija. Los dos me han vendido.

(Llamando) ¡Ola! (Sale un criado) Una silla de posta: ¡al instante! (Vase el criado)

Julio ¡Cómo! ¿bocas retráda?

Clara ¡Ernesto, por compasión!

Licene (Saliedo puerta izquierda) Padre mio!

Enrique (Saliedo foro derecha.) Caballero, olvidaij que os espere?

Julio (¡Bato! que entra a' reforzar la reserva.)

Escena última.

Ernesto. Julio. Enrique. Eloisa
Yrene.

Julio No: vuestra madre es la que
os espera.

Yrene ¡Su madre!

Enrique ¡Mi madre!

Ernesto (Señalando a su mujer.) ¡Pi: esa es
tu madre, desgraciado! Era,
esa mujer culpable y esposa
criminal.

Eloisa ¡Hijo... hijo mío!

Enrique Madre del alma! } (Se abrazan.)
(Sausa)

Ernesto Pi, si: abrazaos y gozaos en
mi deshonra.

Eloisa ¿Deshonra? Nunca, no. Un
momento de liviandad, hija
de mi ignorancia juvenil, la
he espiado con diez y nueve
años de martirio.... y este in-
stante que podría ser dichosa....

¡me le roba también mi mala suerte!

Enrique ¡Oh, no! El destino os ha indemnizado de esos mismos diez y nueve años de padecimientos, y a mi me ha recompensado ese largo tiempo de orfandad y de infortunio con el hallazgo de la mejor de las madres.

Triene (Idem a Julio) Pero, tío....!

Julio (Idem a Triene.) Hija rebelde! La mina! Menos sido derrotados.

Triene (¿Con que es mi hermano!)

Enrique ¿Y quién es el otro al que debo el ser...? ¿Quién es mi padre?

Julio Murio sin que tú le conocieras. Era un hijo del Mr. Dupré que te crió.

Enrique ¡Cómo!.... (Veniendo la los brazos.) Mas yo os perdono, madre mía!

(Se oye el ruido de un coche.)

Ernesto (Quedándose de una de las pistolas que contiene la caja que Julio ha dejado sobre la mesa a poco de haber salido.) To no, Due mi honor pide venganza! (Disparando sobre Eloisa.) ii Muere, pues infame!!

Eloisa (Cayendo herida en brazos de Enrique.) Ay!

Todos (Horrorizados) iii Ah!!!

Enrique (Dirigiéndose a Ernesto.) Asesino!

(Al tiro han salido Pedro, Dominga y Demas Cua dos que, espantados, corren a Eloisa y a Irene.)

Ernesto (Por Eloisa) (Infeliz.... Tanto que la quería!) (A todos en general.) ¡Ayur: solo os dejo mi maldición!

(Sale fuera de sí por el foro derecha, seguido de Pedro.)

Julio (Mirándole marchar y cruzándose de brazos.)

¡Muchas gracias, voto a Luzbel!

(Se que marchar la silla de posta) (Cae telon)

Fin del drama.

Ramon M. Galera.



